

# 1

¿Conocéis esa antigua maldición china que dice «Ojalá vivas en tiempos interesantes»? Siempre he pensado que hoy en día su corolario perfecto sería «Ojalá tengas una madre interesante». Porque yo quedé condenada desde el minuto uno de mi nacimiento a cargar con la mía, Diana de Milan, una mujer impetuosa, radical en cuestiones políticas, proclive a la experimentación sexual y talentosa.

Lo del «de» fue cosa suya. El nombre «Diana Milan» no era lo bastante grande para contenerla. Necesitaba agrandarlo con esa partícula, pequeña pero exótica: así su vida sería más espaciosa, más holgada, le daría espacio suficiente para crecer.

En cuanto a mí, me llamo Che.

Sí, ya sé: es completamente ridículo y ni siquiera es un apodo cariñoso. Me pusieron ese nombre en honor del Che Guevara, el revolucionario argentino, el día posterior a ser ejecutado por un pelotón de fusilamiento del ejército boliviano. Mi madre aseguró siempre que fue la impresión de su muerte lo que hizo que se pusiera de parto, pero ésa no es más que otra pieza de su compleja mitología personal. Según mi padre, nací con dos semanas de retraso y el parto fue provocado.

El día de mi nacimiento fue el primero y el último de mi vida en que llegué tarde a algún sitio. Si hubiera nacido el 24 de septiembre, como estaba previsto, habría entrado en este mundo llevando el nombre un tanto almibarado pero tolerable de «Leticia», en honor de la tía soltera que dejó en herencia a mis padres el huerto de manzanos en el que fundaron su primera comuna. Pero por quedarme demasiado en la tripa me pusieron Che de Milan, un nombre más apropiado para un revolucionario que para una crítica experta en vinos, y desde entonces procuro llegar siempre a cualquier parte con veinte minutos de antelación.

Mi madre se volvió religiosa al final de su vida, cuando ya había perdido un pulmón por culpa del cáncer y a mi padre a causa de un ictus repentino. Y no me refiero a religiosa al estilo de su juventud, tocando bongós, enseñando los pechos y canalizando la energía de la diosa madre. Ah, no. Diana de Milán nunca hacía nada a medias. Cuando mi madre se volvió hacia Dios, lo hizo dando varias piruetas *en pointe* y saltando al aire como una bailarina. Se remontó a sus raíces espirituales, lo cual resulta irónico teniendo en cuenta que siempre proclamó que el catolicismo era su cruz, una cruz que se había pasado la vida entera intentando quitarse de encima. Ahora, sin embargo, había unas manchas en el único pulmón que le quedaba y había empezado a sentir el anhelo de una deidad muy concreta, esa que ella llamaba «el Dios de mi infancia». Pasó los últimos siete meses de su vida en una residencia regentada por la parroquia local, un lúgubre edificio neogótico que parecía el decorado perfecto para una película de terror. No recuerdo haber ido nunca allí sin que estuviera lloviendo.

Para las monjas y el cura que dirigían el centro, Diana era una verdadera hija pródiga. No parecía importarles que se hubiera manifestado por todas las causas progresistas conocidas por la humanidad, ni que en su juventud hubiera escrito un panfleto que alcanzó cierta fama pasajera acerca de los gozos de la bisexualidad. De hecho, creo que les gustaba más precisamente por eso. Las muchas ancianas encantadoras que ocupaban las camas de la residencia, mujeres que se habían pasado la vida entera horneando pasteles para colectas benéficas y jugando al bingo, pasaban completamente desapercibidas. En cambio, a las pacientes más pecadoras se las trataba como a auténticas celebridades. Cada mañana, el cura en persona iba a buscar a mi madre para llevarla a misa, como si fuera una cita. Él mismo empujaba su silla de ruedas por el pasillo de la capilla.

Mientras el cáncer proseguía su lento pero implacable avance colonizando su cuerpo, Diana comenzó a abrigar fantasías acerca de una cura milagrosa. Estaba especialmente obsesionada con la idea de ir a Canterbury. Deseaba arrodillarse en el santuario de Thomas Becket, un lugar célebre por haber sido escenario de toda clase de curaciones espontáneas y ofrecer, por lo tanto, esperanza a los ciegos, los tullidos y los estériles. Incluso a los leprosos. Nunca me preguntó si quería ir, igual que nunca me preguntaba si quería acompañarla en alguna de sus

muchas aventuras, pero supongo que en algún momento de esos últimos meses agónicos debí de decirle que la llevaría. Cualquier cosa con tal de mantener su ánimo en alto y, además, en cierto modo creo que las dos sabíamos que nunca llegaría a hacer ese viaje. Apenas tenía fuerzas para acompañarme al ascensor después de mis visitas, y mucho menos para recorrer la senda llena de baches que se extiende entre Londres y la catedral de Canterbury.

—Noventa y cinco kilómetros, más o menos —le dije una vez—. Así que quizá no se pueda. Por lo menos de momento. Quizás algún día, cuando estés más fuerte. Sí, decididamente algún día.

Sí. Era una mentira de lo más burda, pero cuesta ser sincera en presencia de personas moribundas, igual que cuesta ser sincera con tu madre en cualquier circunstancia. De modo que, cuando es tu madre la que está moribunda, el efecto se duplica y entras en el extraño submundo de las paparruchas. Empiezan a salirte de la boca palabras sin ton ni son, porque estás dispuesta a decir cualquier cosa con tal de superar un momento concreto. Una vez, me descubrí recitando las capitales de los cincuenta estados de Estados Unidos por orden alfabético.

Y cuando estaba en algún punto entre Denver y Dover, mi madre se dio la vuelta en su cama de hospital y me miró. Me miró como tantas veces antes: como si fuera una sorpresa, una especie de misterio eterno y no alcanzara a explicarse cómo es que había aparecido allí, en medio de su vida.

Sería lógico pensar que la muerte de Diana marcó el final de aquel viaje de expiación a Canterbury. Pero tres semanas después de su funeral, cuando recibí la urna con sus cenizas, vi que venía acompañada de una nota.

*Si estás leyendo esto, había escrito mi madre, es que por fin me he muerto de verdad. Conforme a nuestro acuerdo, ahora debes llevarme a Canterbury. Hazlo, Che. Llévame allí. Aunque estés muy liada. Sobre todo si estás muy liada. Nunca es demasiado tarde para curarse.*

Era muy extraño, incluso para los parámetros de Diana. No sólo por el chocante lenguaje legal («conforme a nuestro acuerdo»), sino por eso de que «nunca es demasiado tarde para curarse». Cualquiera pensaría que, cuando tu cuerpo ha sido incinerado y metido en una urna (una

urna que, dicho sea de paso, era sorprendentemente pesada), cualquier oportunidad de recuperarse quedaría *kaput*. Mi madre había pasado gran parte de su vida ligeramente colocada (primero con el cannabis que cultivaba entre los manzanos y luego con la morfina que le suministraban las monjas junto con un goteo constante de doctrina cristiana), pero yo no creía que ni siquiera ella creyera posible resucitar estando ya en la tumba.

La urna me la habían enviado a mi oficina. Me la entregó un mensajero de UPS junto con una caja de doce botellas de syrah de crianza que me enviaba un viñedo en ciernes para que lo catara e hiciera, quizás, una reseña. Mi boletín electrónico, *Expertas en vinos*, lo reciben mensualmente miles de restaurantes y tiendas de vinos, y una mención mía puede aumentar las ventas de una nueva marca, sobre todo si la crítica es positiva. Pocas lo son. En la industria vitícola se me conoce por mi exigencia. No es fácil complacerme, de modo que, cuando le doy el visto bueno a un vino, mi opinión cuenta.

Saqué las doce botellas de su caja y luego desarrollé la urna. Me costó más de lo que esperaba sacarla de la caja bien acolchada del crematorio. Al fondo encontré el libro sobre Canterbury que le había regalado a Diana por su último cumpleaños. Era uno de esos volúmenes grandes de mesa de centro, y a mi madre incluso le costaba sostenerlo. Yo me sentaba a su lado en la cama, con el libro abierto entre las dos, y le leía en voz alta como a una niña. Las rutas que podían hacerse a pie, la bendición que te daba un sacerdote (anglicano, en este caso) cuando entrabas en la catedral, y cómo incluso se arrodillaba para quitarte el polvo del camino acumulado en los zapatos. A ella le encantaba esa parte. El libro enumeraba unos cuantos milagros médicos que supuestamente se habían verificado en el mismo santuario y explicaba cómo aquellos astutos monjes medievales habían empezado a recoger la sangre de Becket segundos después de su asesinato, persuadidos de que cada gota podía albergar potenciales efectos taumatúrgicos. O al menos potenciales beneficios.

Magia surgida del crimen. Dinero surgido de ambos. A mí me había parecido extraño, incluso siniestro, pero Diana había asentido satisfecha, como asiente una cuando por fin consigue poner la última pieza de un puzzle.

Así que aquí estoy. Parpadeando como si acabara de salir de un trance. Me recuesto en la única silla de mi despacho y contemplo los objetos alineados encima de mi mesa. El vino, la urna, el libro, la nota. La letra es fina y temblorosa, apenas reconocible como la de mi madre, y, me guste o no, sé que estoy obligada por la promesa que le hice. Siempre he sido hija única, y ahora soy también huérfana y el momento de tener hijos propios pasó hace tiempo. No es que nunca lo haya deseado especialmente. La pegatina del parachoques de mi Fiat dice «No es que no tenga hijos, sino que soy libre de críos», pero aun así me encuentro totalmente sola en el mundo, al menos en cuanto a parientes consanguíneos se refiere, y ese hecho me ha afectado mucho más de lo que yo esperaba.

Diana tardó tanto en morirse que yo pensaba, no sé por qué, que me saltaría esta parte, que había pasado mi periodo de duelo por adelantado. Pero no contaba con que hubiera tanta diferencia entre que tu madre esté *muriéndose* y que esté *muerta*. Que esté *muriéndose* implica mucho ajeteo. Hay un montón de cosas que hacer: reunirse con médicos y trabajadores sociales, brujulear por el sistema hasta encontrar una cama vacante en un sitio decente, liquidar fondos de inversión y llevar los enseres a un guardamuebles. Que esté *muriéndose* implica muchas visitas y, a veces, durante esas visitas, te asaltan pensamientos propios de Judas. Piensas que sería mejor para todos que ya no estuviera allí, atrapada y sufriendo, y te imaginas que cuando recibas esa última llamada será un alivio.

Y lo es, al menos al principio. Pero pasada más o menos una semana la vida vuelve a lo que la gente conoce por normalidad, y sólo entonces empiezas a darte cuenta de que era mucho más fácil que tu madre estuviera *muriéndose* a que esté *muerta*. Sólo entonces afrontas el silencioso vacío final que constituye el centro de la muerte de cualquier ser humano, y no se trata solamente de las horas que de pronto parecen sobrarle al día, extrañamente difíciles de llenar. Es también que no tienes dónde poner toda esa energía mental que circula alrededor del espacio que antes ocupaba tu madre.

Y Diana ocupaba mucho espacio.

Me quedo mirando la urna. Queremos que nuestras madres nos vean tal y como somos de verdad, o al menos eso es lo que siempre decimos de adultas. *¿Por qué no me entiende?*, nos preguntamos lastimeramente. *¿Por qué ni siquiera me pregunta qué es lo que pienso?* Pero cuan-

do lo intentan, cuando te formulan esa pregunta débil e indecisa, ese inesperado «¿Y tú cómo estás?», siempre al final de una conversación que ha girado principalmente en torno a ella, casi en el momento de colgar, cuando ya ha empezado el ritual de la despedida, te das cuenta de que al fin y al cabo no es comprensión lo que querías. Cortas en seco ese desvaído intento de hablar de verdad, contestas apresuradamente «Muy bien, mamá» y le dices que irás a verla el domingo, como siempre. Pero entonces llega el día en que tu madre está finalmente muerta, no muriéndose sino muerta, no desdibujándose sino invisible del todo, y comprendes que ha dejado de existir, que ya nunca estará ahí, que ya no hay modo de que vuelva.

Así que heme aquí, con doce botellas de syrah, ninguna de las cuales es probable que me guste, un libro sobre una catedral que no quiero visitar, un mandato escrito con letra temblorosa y una urna con las cenizas de mi madre. Agarro mi teléfono y pulso una tecla.

—Siri —digo—, ¿cuál es el sentido de la vida?

La lucecita morada del micrófono parpadea mientras hablo.

Y ella contesta: *No lo sé, pero creo que hay una aplicación para eso.*

Estupendo. He llegado a un punto de mi vida en el que mi propio teléfono me contesta con sarcasmo.

No estoy segura de que hubiera tomado la decisión de ir a Canterbury ni siquiera después de recibir las cenizas de mi madre y su extraña nota. No, si ese mismo día no hubiera pasado también otra cosa.

Fue una segunda carta, ésta entregada no por mensajero sino por correo ordinario, y con las señas de mi piso, no de mi despacho. Llegué a casa del trabajo, dejé en la entrada a mi madre y las seis botellas de vino sin catar y le puse la correa a *Freddy*, mi yorkshire, para sacarlo directamente a pasear. Como todavía tenía las llaves en la mano, me pasé por los buzones para ver si tenía correo.

No miro el buzón todos los días. Utilizo Internet para los asuntos del banco y ya nadie escribe cartas, así que dudo que me pase por los buzones más allá de una vez por semana, y normalmente sólo hay publicidad y peticiones de dinero para obras de caridad. Le estoy diciendo algo a *Freddy*, que es muy saltarín y ladrador, mientras meto la llave en el buzón y abro la puertecita plateada y...

Y de repente estoy rodeada de abejas.

Tardo unos segundos en darme cuenta de lo que está pasando. Una me pica en la mano, justo en la parte carnosa de la palma, entre el pulgar y el índice, y enseguida salen del buzón cuatro o cinco más y empiezan a zumbarme alrededor de la cabeza. *Freddy* se está volviendo loco. El correo se me ha caído al suelo con un golpe sordo: folletos publicitarios y una octavilla informándome de que por sólo noventa y dos centavos puedo proporcionarle una cena de Acción de Gracias a un indigente. Luego, al lado de los folletos, cae también una cosa de lo más extraña: una carta personal. Miro el sobre en medio de una especie de estupor paralizante y reconozco la letra: es la de mi novio, Ned. ¿Por qué me escribe? Hablamos por Skype una noche sí y otra no, siempre a las ocho en punto, y como es lógico nos mandamos mensajes a lo largo del día. A veces me envía una tarjeta, pero salta a la vista que esto es una carta. El sobre es largo y de aspecto profesional, con la dirección de su bufete en una esquina.

Lanzo manotazos a las abejas y otra me pica en el hombro, atravesando la camisa, mientras una tercera queda atrapada entre los pelos de mi flequillo. No se me ocurre echar a correr pero a *Freddy* sí, y su correa tira de mi mano. Grito mientras intento quitarme la abeja del pelo. Normalmente soy poco dada a gritar (puede que ésta sea la primera vez que suelto un grito de verdad desde que era una niña), y entonces oigo el bocinazo de un coche y el chirrido de unos neumáticos.

A veces, nuestras vidas pueden dar un vuelco en cuestión de segundos, como ahora. Un agujonazo en la palma de la mano, el deslizarse de una correa, una carta que cae a nuestros pies.

No os preocupéis. A *Freddy* no lo atropelló el coche. Esta historia tiene su lado lúgubre, pero no es ése. El coche lo conducía una vecina que también tiene perros, y consiguió frenar a tiempo. Sale de un salto del asiento del conductor, trémula y llorosa por lo poco que ha faltado, y agarra la correa. *Freddy* empieza a saltar alegremente, y mi vecina y yo nos ponemos a balbucir las dos a la vez. *Las abejas*, digo yo, *han salido de repente. Estaban en el puto buzón. El perro*, dice ella. *Por poco no lo veo. Ha salido de repente, igual que las abejas.*

Me palpita la mano cuando le cojo la correa. *Lo siento mucho*, digo cuando me agacho para recoger el correo. También le digo al perro que lo siento. Lucha contra el collar, impertérrito. Lo único que quiere es acabar su paseo.

*Ponte hielo, me dice la vecina. Ráspate la piel con una tarjeta de crédito para asegurarte de que no tienes clavado el agujón. Y tómate un Benadryl por si acaso. Gracias a Dios, añade. Podría haber sido mucho peor. Repite esto una y otra vez.*

Sin duda me lleváis mucha ventaja en todo esto. Seguro que habéis adivinado lo que iba a pasar en cuanto os he dicho que la carta me la mandaban desde una oficina. Puede que haya sido por su nombre, Ned, tan mínimo y cuidadoso, o por que sea abogado, o quizás hayáis deducido que vivimos en ciudades distintas porque he mencionado Skype, y todo el mundo sabe que para una relación de pareja eso es como el beso de la muerte. Pero yo seguía preocupada por las picaduras y el perro, y por haber quedado como una tonta irresponsable delante de mi vecina. Así que me guardé la carta en la chaqueta, tiré el resto del correo a la basura y llevé a *Freddy* a dar el paseo largo, el que rodea el lago artificial y pasa por el bosque ajardinado.

Sólo horas después, cuando ya estaba en la cama con la luz apagada y medio dormida, me acordé por fin de la carta de Ned.

Encendí la luz de la mesilla de noche para consternación de *Freddy*, que estaba dormido, saqué la carta de mi chaqueta, me puse las gafas de leer, volví a meterme en la cama y rasgué el sobre. Tres páginas mecanografiadas a un solo espacio, seguidas por una cuarta llena de números. Un cálculo aproximado de cuánto nos costaría a uno de los dos comprarle al otro su parte de nuestra casita de vacaciones en Cape May.

Y así fue como descubrí lo que sin duda el lector ya habrá adivinado.

Que mi novio me había dejado.

La chica por la que me deja Ned se llama Renee Randolph. Ned quiere asegurarse de que conozca los hechos desde el principio. No va a excusarse, ni a fingir que ella no existe. Me respeta demasiado para caer en el blablabá acostumbrado y alegar que nos hemos distanciado y que no es culpa mía, sino suya. No quiere, afirma, que haya «subterfugios entre nosotros». Somos demasiado amigos para eso.

Se conocieron en un gimnasio, explica, y añade que ese detalle segu-



ramente me hará gracia. No entiendo por qué hasta que me acuerdo de que también nosotros nos conocimos en un gimnasio, o al menos en la sala de gimnasia de un hotel, cada uno en una máquina de correr, el uno junto al otro. Y en ese punto empiezo a saltarme renglones. Parece que soy incapaz de leer de izquierda a derecha, de manera normal: sostengo el papel delante de mí y las palabras y las frases salen de la página una a una, como miles de pequeños agujijones.

Esa mujer, esa tal Renee, por lo visto tiene un marido que la maltrata. Lo que es peor: un marido extranjero que la maltrata. Es de uno de esos países en los que un hombre se divorcia de ti por tener sólo hijas y luego intenta secuestrarlas. Vive atemorizada, dice Ned, sin saber cuándo aparecerá ese hombre o si le enviará algún emisario armado hasta los dientes. Los maestros del colegio de las niñas tienen orden de no permitir que salgan del centro acompañadas por nadie que no sea la propia Renee.

Sí, tiene un marido maltratador, y para colmo está enferma. Le pasa algo. Tiene una enfermedad impronunciable, más bien un síndrome, en realidad, uno de éstos difíciles de diagnosticar, una de esas dolencias que te asignan cuando no saben qué diagnosticarte. Pero ese síndrome, o esa enfermedad, quizá requiera que Ned le dé... no sé, algo. Algo vital. Una córnea, o médula ósea, o acceso a su completísimo seguro privado. O mi corazón, quizá.

*Ella me necesita.* Las palabras salen flotando de la página acompañadas por su eco silencioso: *Y tú no.*

Tiene razón, en cierto modo. Desde que nos conocimos, hace seis años, estando ambos en viaje de negocios, andando codo con codo en aquellas máquinas de correr mientras mirábamos la CNN, Ned y yo hemos tenido una amistad, o una camaradería, endulzada por una compatibilidad sexual casi épica. A mí me gustaba y creía que a él también. Nos dejábamos en paz el uno al otro durante la semana, para dedicarnos a trabajar, y en vacaciones nos reuníamos en algún lugar interesante: Napa, Austin, Miami, Montreal, Reikiavik, Londres, Key West, Telluride o Roma.

Cuando compramos la casa de Cape May pusimos girasoles en la mesa y una alfombra tejida a mano en el suelo. Los muebles eran viejos, de madera buena pero viejos, y pintamos todas las habitaciones de burdeos, de verde musgo o de azul de Delft. Colores de Van Gogh, los lla-

mó Ned. Era un mundo pequeño y perfecto, aunque provisto de un par de defectos cuidadosamente ideados para dejar claro que nosotros no éramos, ya se sabe, «de éstos». Todos los domingos por la mañana íbamos dando un paseo hasta el café de la esquina para comprar dos ejemplares del *New York Times* y, sentados a nuestra mesa, echábamos carreras para ver quién resolvía antes el crucigrama. Estábamos muy igualados. A veces ganaba él y a veces yo.

¿Estaba enamorada? Creo que sí. Debía de estarlo. Era un idilio muy moderno, o al menos eso me decía yo mientras viajaba de acá para allá, siempre en un coche, en un tren o en un aeropuerto. Y nos reíamos. ¡Santo cielo, cómo nos reíamos todo el tiempo!

Y cuando te ríes tanto, cuando acabas los pasatiempos al mismo tiempo que tu pareja y miras hacia el otro lado de la mesa y vuestros ojos se encuentran, satisfechos... Eso tiene que significar algo, ¿no?

No me cabe duda de que lo quería cuando compramos a *Lorenzo*. *Lorenzo* era una langosta. Lo compramos en uno de esos sitios de carretera con el cartel de «Fresco» y un montón de dibujos hechos a mano de mariscos sonrientes. Estaba envuelto en hielo y en espumilla, con las pinzas sujetas por dos gruesas gomas, y yo empecé a tener remordimientos antes incluso de que el Lexus de Ned volviera a ponerse en marcha.

—¿Crees que podrá respirar ahí dentro? —pregunté, y Ned dijo:

—Las langostas no respiran.

Lo cual es ridículo. Todos los animales respiran, de una manera o de otra. Pero no dije nada y pasados unos kilómetros Ned añadió:

—Si necesita algo, seguramente será agua.

Naturalmente era una idiotez preocuparse por el bienestar de un bicho al que le quedan horas escasas para morir ejecutado, pero yo sabía ya entonces que no nos atreveríamos a cocer a *Lorenzo*. No se puede cocer a un animal al que le has puesto nombre. Seguimos adelante y paramos un par de veces más para comprar lechuga, tomates, limón, hierbas y pan, y cuando paramos delante de la casa Ned ya había empezado a hablarle a la langosta señalándole los hitos del paisaje por el que pasábamos como si *Lorenzo* fuera un invitado de fin de semana. Hicimos la ensalada, abrimos el vino y hasta pusimos a calentar la olla con el agua, pero fue inútil: acabamos liberando a *Lorenzo* de sus amarras y lanzándolo a la bahía.

—¿Sabes? —dijo Ned levantando su copa de vino a modo de saludo

mientras *Lorenzo* se alejaba mar adentro—, tenemos que dejar de pensar en este sitio como en una inversión y empezar a pensar en él como en un hogar.

El fin de semana siguiente fuimos a comprar a *Freddy*.

Ahora dice que me desea lo mejor, pero yo creía que ya tenía lo mejor. No, «lo mejor de lo mejor», eso es lo que dice. Que me desea «lo mejor de lo mejor en todo». Según él, no merezco menos.

¿Me está diciendo que las risas que compartíamos no cuentan? ¿Ni la amistad, ni el sexo? Hacíamos crucigramas juntos, por el amor de Dios. Teníamos una langosta y un perro. Es el único hombre con el que he salido que le caía bien a mi madre.

Pero obviamente todo eso se ha ido al garete ahora que ha encontrado a su pajarillo herido, que se ha agachado a rescatarlo y lo tiene alesteando en su mano. Y me escribe para informarme de que nunca había sido tan feliz.

*Creo*, escribe con sencillez aplastante, *que quizá sea mi Alma Gemela*.

Sí, en mayúsculas, para dejármelo bien claro. Su Alma Gemela.

Me quedo ahí tumbada, a oscuras, durante horas, con el corazón acelerado y las piernas entumecidas. Me llamará el lunes, dice la carta. Tenemos muchas cosas de las que hablar, pero no quería pillarme desprevenida. Por eso me ha escrito por anticipado, para darme tiempo de asimilar la noticia. Lo cual es una trola, claro. Me ha mandado la carta porque no quería oírme gimotear, ni gritar, ni acribillarle a preguntas. ¿Cuándo ha pasado todo esto? ¿Desde cuándo la conoce? ¿Alguna vez pasó directamente de su cama a la mía? ¿Y lo fue conquistando ella poco a poco, paulatinamente, o me venció de un solo golpe? ¿Y qué respuesta sería más dura de aceptar?

Casi ha amanecido cuando salgo de la cama. Abro otra botella de syrah, vierto un poco en un vaso de zumo y me voy a mi mesa a encender el ordenador. Durante un minuto lucho con el impulso de buscar a la chica en Google, de informarme sobre Renee Randolph, pero me contengo. Sin duda es muy bella. Bella y trágica, una combinación irresistible, la materia natural del romanticismo, mientras que trágica y del montón sólo es... trágica y del montón. Desde luego, no lo bastante apetecible para impulsar a un hombre a renunciar a una vida tan agra-

dable y cómoda como la que teníamos Ned y yo. Así que debe de ser preciosa. Es lo más lógico.

Tomo despacio un largo trago de vino mientras miro la barra del buscador, en la que he escrito «REN». ¿Qué podría decirme Google sobre esta mujer que pueda servirme de consuelo? Si tiene más éxito que yo, me escocerá. Pero ¿y si tiene menos? Seguramente sería aún peor. Finalmente borro el «REN» y escribo «PEREGRINACIONES A CANTERBURY».

Como era de esperar, aparecen un montón de páginas dedicadas a temas de literatura e historia. Artículos sobre Chaucer, Becket y los milagros que han dado su fama al santuario de Canterbury. Me recuesto en la silla, irritada, dejando pasar artículos académicos y, mientras espero, poso la mirada en un ejemplar de la revista de exalumnos de mi antigua facultad, que languidece desde sabe Dios cuándo sobre mi escritorio. En la contraportada siempre se anuncian *tours* guiados. Ya me había fijado en ellos otras veces, de pasada. Siempre me ha parecido agradable que un entendido guíe a tu grupo a través de museos, palacios y campos de batalla. Que haya alguien que te vaya indicando lo importante. Es fácil suponer que esos viajes atraigan a mujeres solitarias, esas almas melancólicas que han alcanzado la madurez con dinero suficiente para viajar y nadie con quien compartir sus viajes.

Echo un vistazo al catálogo a la luz azulada de la pantalla del ordenador y al poco tiempo ahí está: el nombre de una profesora de arte que hace de guía en viajes por el sur de Inglaterra, tanto individuales como en grupo. Parece justo lo que necesito: pálida, seria, docta, poco o nada inclinada a hacer preguntas personales. Le envío rápidamente un correo electrónico diciéndole que necesito hacer el Camino de Canterbury lo antes posible, de cabo a rabo, desde Londres a la escalinata de la catedral. Y luego busco en Google cómo transportar cenizas en un vuelo internacional.

Evidentemente, los muertos constituyen un segmento importante de la clientela de las aerolíneas, porque la respuesta aparece enseguida. Hay que llevar la urna en la cabina del avión, pero no metida en una maleta. Tiene que pasar por el escáner y por los diversos controles de seguridad, y me hará falta una notificación del tanatorio confirmando que contiene restos humanos y no otra cosa, como por ejemplo plutonio. Debo estar preparada para que los guardias de seguridad la abran en

cualquier momento si así lo desean, y para que pequeños fragmentos de mi madre salgan volando y caigan en la moqueta del aeropuerto o ensucien las manos de un agente de Seguridad Aeroportuaria. O quizá, sugiere la página con una suave pero certera insinuación, prefiera prescindir por completo de la urna y transferir las cenizas a un recipiente más ligero y menos propenso a hacer saltar las alarmas de los escáneres policiales. Como, por ejemplo, una bolsa de plástico para guardar alimentos.

Siempre tuve intención de llevar a mi madre a Europa, pero cuando viajaba a menudo era por trabajo o para reunirme con Ned en algún lugar romántico. Y naturalmente ella también estaba muy atareada defendiendo a pit bulls incomprendidos, marchando en favor de Amnistía Internacional o construyendo viviendas sociales. Y después enfermó. Dejamos pasar todas las oportunidades, Diana y yo, y ahora por fin va a venir conmigo, aunque tenga que llevarla en la maleta. Dejo el vaso de vino pensando que está amargo, pero sé que estoy siendo injusta. He estado bebiendo mientras pensaba en otra cosa, un pecado capital en la cata de vinos, pues todo el mundo sabe lo fácil que es que las emociones pasen de la mente a la lengua. ¿Es el vino el que se ha agriado o soy yo?

Ha salido el sol. Me levanto y dejo el escritorio, con el vaso todavía en la mano. Vierto lo que queda del syrah en el fregadero de la cocina y me quedo mirando la mancha roja oscura. En mi correo le decía a la profesora que podía estar en Londres el domingo y que quería un viaje privado. Seguramente costará una fortuna contratar a un guía personal, pero sólo puedo pensar en que necesito marcharme, estar muy lejos cuando Ned llame para disculparse y explicarme otra vez que no pudo refrenarse, que ningún hombre puede resistirse a una mujer en apuros. Siento dentro de mí un deseo inmenso de escapar. De hecho, si no salgo de aquí ahora mismo no sé qué va a pasar.

Cojo el teléfono y lo intento otra vez:

—Siri —digo—, ¿cuál es el sentido de la vida?

Un silencio y luego la respuesta: *A eso que conteste Kant. Ja, ja.*

Ja, ja. Es la monda esta Siri.